

MIGUEL MORÁN TURINA, *La memoria de las piedras. Anticuarios, arqueólogos y coleccionistas de antigüedades en la España de los Austrias*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2010, 451 pp., 176 figuras.

El profesor Miguel Morán, de la Universidad Complutense, fue pionero en nuestro país en el estudio de los intereses anticuarios y del coleccionismo de antigüedades en la España de los siglos XVI y XVII, en el marco más general del coleccionismo artístico de aquel período, sobre todo, a raíz de la edición del magnífico libro sobre *El coleccionismo en España. De la cámara de maravillas a la galería de pintura* (Madrid, 1985), coautor con Fernando Checa. En efecto, en las décadas de 1980 y 1990, M. Morán dio a la luz una serie de estudios de enorme interés sobre estos aspectos, centrados en el período de la monarquía de los Austrias españoles, desde diversos aspectos del coleccionismo de los reyes Carlos V, Felipe II o Felipe IV, o el interés por la escultura clásica, hasta el análisis de figuras destacadas del arte español en su relación con las antigüedades, como Velázquez, o de figuras de anticuarios como Rodrigo Caro o Vincencio Juan de Lastanosa. Todos esos trabajos anteriores encuentran ahora culminación en una monografía que, bajo su atractivo título, recorre a partir de nueve apasionantes capítulos una larga historia del coleccionismo de antigüedades en España, centrada en la España de los siglos XVI y XVII, pero con antecedentes en época medieval. Aquellos trabajos sirven de base a algunos de los trabajos ahora editados, pero renovados en la bibliografía —ya que se trata de una línea de trabajo que ha tenido un gran desarrollo en los últimos veinte años— y en el rico aparato crítico de notas, de enorme carga erudita, pero a la vez presentada con un análisis siempre certero y una prosa atractiva. Puede comprobarse ese aspecto, por ejemplo, en los tres capítulos de M. Morán recogidos en el libro escrito junto a Delfín Rodríguez, *El legado de la antigüedad. Arte, arquitectura y arqueología en la España moderna* (Madrid 2001).

La introducción ya centra el objeto principal de la monografía, en una dicotomía entre los eruditos y anticuarios —ejemplificados por Rodrigo Caro—, que veían en el estudio de la antigüedad una suerte de tutela patrimonial de los restos más preciados de la España antigua, a la vez que un modelo de vida, “convencidos de que no había memoria más segura ni más cierta que la de las piedras, recorrieron pluma en mano la Península... para encontrar respuesta a aquellas preguntas que, cada uno desde su propio campo, se formulaba...” (p. 11); y entre los reyes y nobles interesados por la antigüedad clásica con un objetivo de prestigio, pero que asimismo promocionaron los círculos intelectuales más conspicuos.

El capítulo I trata del reconocimiento de las antigüedades hispanorromanas en época medieval, tanto en la España islámica como, especialmente, en la cristiana, con reutilizaciones de piezas que iban desde una simple finalidad funcional hasta otras con una mayor carga artística e ideológica, como ocurre por ejemplo con la reutilización de sarcófagos romanos como pilas de fuentes en la ciudad de Madinat al-Zahra —tema al que hemos dedicado algún estudio (J. Beltrán, “La colección arqueológica de época romana aparecida en Madinat al-Zahra”, *Cuadernos de Madinat al-Zahra* 2 [1988-89] 109-26-, o como tumbas de reyes en los reinos cristianos. Se pasa en el siguiente capítulo II a destacar el tema de Roma como sinónimo de la antigüedad clásica, en una “recuperación arqueológica” que se constata ya desde el Medioevo tardío pero con la eclosión en el Renacimiento, cuando abundaban los humanistas y estudiosos españoles en la capital, amén de su reflejo en los estudios e intereses en España, según analiza el autor en el caso de Mérida, otra “nueva Roma” en Hispania. No debemos olvidar que hasta el siglo XVIII en que el mundo griego ocupa un puesto preemi-

nente, la Roma antigua fue el referente del pasado clásico y los restos arqueológicos de la Urbs su manifestación prístina, *ex Roma lux*.

Se centra el siguiente capítulo III en los estudios anticuarios en relación con la historia antigua de España, en que los eruditos destacaban la fiabilidad de las fuentes epigráficas y numismáticas como primer documento para sus trabajos toponímicos y corográficos tan meritorios, con referencias preciosas a figuras como el cordobés Ambrosio de Morales, o el ya citado oscense Lastanosa. El tema del siguiente capítulo IV analiza otro aspecto de tales actividades anticuarias, la conservación de las antigüedades: por diversos intereses se recogían las piedras en colecciones particulares –nobiliarias o, las más de las veces, de los propios estudiosos- y servían para sus propios estudios, ilustrando con dibujos de inscripciones, monedas, edificios o esculturas, diseñados con más o menos ingenuidad o fiabilidad, los textos que los describían y analizaban. Como afirmara Rodrigo Caro su intención al escribir sus tratados de antigüedades era “... conservar... lo que resta de las antigüedades... antes de que del todo se desaparezcan, y acaben a manos dese poderoso contrario, el tiempo, que cada día las va gastando y consumiendo” (p. 165). Y se ilustra este capítulo –como todos los otros- con preciosas reproducciones de dibujos originales. Mención asimismo merece en éste las colecciones públicas de algunas ciudades andaluzas, como Martos o, especialmente, Antequera, con su “Arco de los Gigantes”, que buscaban demostrar la proapia y raíces antiguas –cristianas o, a lo sumo, paganas- de las propias ciudades.

El capítulo V entronca con un tema bien tratado por Morán con anterioridad, los intereses coleccionistas de los Austrias españoles en relación con las antigüedades, en concreto en el caso de Felipe II, concluyendo que, frente a otras cortes europeas, las aficiones del monarca se centraron más en la pintura que en la escultura antigua. Las piezas de algunas importantes colecciones escultóricas de nobles españoles que recalaron finalmente en la colección real encontraron un mediano acomodo en los palacios del Rey. Sobre este tema es de obligada consulta la obra editada por el Museo del Prado, *El coleccionismo de escultura clásica en España. Actas del Simposio* (Madrid 2001).

El tema que se desarrolla en el posterior capítulo es el interés por el mundo visigodo, considerado por muchos como verdadero antecedente de la monarquía cristiana española y justificante de la Reconquista contra el invasor musulmán, aunque ello se hacía más desde una perspectiva histórica –o a lo sumo ideológica- y no arqueológica. Ello es explicable si observamos que el interés por las escrituras prerromanas documentadas en inscripciones y, sobre todo, en leyendas monetales sólo se desarrolló en España en el siglo XVIII.

El capítulo VII marca un salto desde España a la Roma del siglo XVI, pero de manos de un erudito español excepcional, el padre Alfonso Chacón, que impulsó en aquellos tempranos momentos un interés por las catacumbas y antigüedades paleocristianas de Roma, constituyendo un antecedente de la verdadera arqueología cristiana que sólo se desarrollará ya en la segunda mitad del siglo XIX. Ejemplo de la importancia que Italia, y concretamente Roma, tuvo en el origen de la anticuaria española de la Edad Moderna. También en España preocupó ampliamente el tema de las antigüedades cristianas, aunque su estudio no fue nunca sistemático en aquellos dos siglos, siempre marcados por las doctrinas de la ortodoxia católica, como una verdadera espada de Damocles.

El coleccionismo de esculturas en España se vincula a algunas casas nobiliarias (cap. VIII), citadas expresamente por Diego de Villalta en el siglo XVI: Diego de Mendoza, el marqués de Mirabel y, especialmente, el duque de Alcalá de los Gazules, en su singular

“casa de Pilatos” en Sevilla, cuya colección se ha conservado hoy día parcialmente después de muchos avatares, como estudiara M. Trunk (*Die ‘Casa de Pilatos’ in Sevilla. Studien zu Sammlung, Aufstellung und Rezeption antiker Skulpturen in Spanien des 16.Jhs.* [Mainz 2002]). No obstante, el coleccionismo de esculturas clásicas –si bien no de mármol, sino de vaciados de yeso- tiene otro singular apartado en la España de los Austrias en la serie de esculturas mandadas desde Italia por Velázquez para la decoración del Alcázar de Felipe IV, según se analiza en el último de los capítulos del libro (cap. IX), donde se denota ese cierto despegue de los monarcas españoles hacia la escultura clásica –y, en general, las antigüedades- frente a la pintura. Afortunadamente hoy sabemos bastante más de ese lote de yesos traídos por Velázquez, recuperados en los fondos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (J. M. Luzón [ed.], *Velázquez. Esculturas para el Alcázar* [Madrid 2007]).

El libro se completa con 59 páginas de referencias bibliográficas citadas, que resumen –como se decía antes- el enorme compendio de datos recogidos en la obra, certeramente escrutados por Miguel Morán para ofrecernos un rico y vivo panorama del tema de los estudios anticuarios y del coleccionismo de antigüedades, sobre todo escultórico, en la España de los Austrias, con una constante referencia a los modelos europeos, especialmente a Italia. No se olvide que en ese período durante un tiempo se habló de la “Roma española” y la presencia continua de españoles en la cuna de la antigüedad romana determinó el propio desarrollo de esos temas en España en los siglos XVI y XVII. Finalmente, un útil índice onomástico cierra la obra, ofreciéndonos un camino más fácil en esas enjundiosas páginas, tan magníficamente editadas. En efecto, en lo formal asimismo se agradece sobremanera el esfuerzo editorial de ofrecer una obra de calidad, ricamente ilustrada, con figuras muchas de ellas en color que realzan el magnífico estudio del profesor Morán Turina.

Queda, pues, como una monografía inexcusable para todo el que se quiera adentrar en el tema de la historia de la anticuaría española de la Edad Moderna y del coleccionismo arqueológico, a la vez que como un rendido homenaje a la labor de aquellos pioneros en el estudio de las antigüedades y de su salvaguarda, que consideraban “la memoria de las piedras” como guía del estudio y, en el fondo, de la propia vida.

JOSÉ BELTRÁN FORTES